

movemos y somos, y que jamás faltará en conservarnos? Todo cuanto se presenta á nuestra vista en el hermoso mapa de la naturaleza, ¿no nos revela á un mismo tiempo la grandeza de ese Dios Omnipotente y nuestra propia pequeñez? Los pueblos que han carecido de revelacion, ó que la han dejado ahogar, digámoslo así, por la propagacion de grandes errores, no se han atrevido á negar la existencia de un Dios, reconocido hasta por los pueblos más bárbaros y estúpidos. Faltos estos de revelacion y aun de instruccion de ninguna clase, eran incapaces de dar razon alguna de la Divinidad, ni de explicar quién es Dios. Pero si bien vemos entre ellos grandes errores, si vemos á unos postrarse ante el sol, á otros dar culto á las plantas, á estos hacer alarde de adoracion á objetos hechuras de sus mismas manos; si vemos á los idólatras adorar muchos dioses; si la astrolatría ó el culto de los astros llegó á estenderse especialmente por los pueblos orientales; si la doctrina de los dos principios, que aun hoy encuentran nuestros misioneros conservada entre los indios y japones, fué como la base ó el fundamento de la teología en los antiquísimos pueblos del Oriente, no encontraremos un solo pueblo de ateos, á pesar de tantos errores, un pueblo donde se halle consignado este principio: *No hay Dios*.

Nosotros, gracias á la revelacion divina, con la cual plugo al Señor favorecernos, no solamente conocemos á Dios, sino que tambien sabemos el culto que debemos tributarle.

No pretendo por cierto hacer un alarde de erudicion, combatiendo los antiguos sistemas y muy particularmente el de los dualistas. Vamos tan sola-

mente á explicar el dogma católico. Dios es Uno en Esencia y Trino en Personas. La Unidad de Dios está demostrada y esplicada suficientemente en la Escritura Sagrada. *Yo soy*, dice el Señor, *Yo soy solo y no hay otro Dios sino yo* (1); y en otro lugar: *Yo el Señor y no hay mas: fuera de mí no hay Dios.... Yo el Señor y no hay otro* (2). Así, pues, la Iglesia católica abre su símbolo, el símbolo de nuestras creencias religiosas con esta solemne declaracion: *Creo en un solo Dios: Credo in unum Deum*.

Tales, señores, el dogma de la unidad de Dios: de ese Dios, cuyas obras nos admiran porque son grandes como esclama el Profeta; dispuestas admirablemente para nobles fines (3), preparadas todas con sabiduría (4) y ordenadas en peso, número y medida (5): de ese Dios que tiene escrito en la orla de su vestido y en su manto: *Rey de reyes y Señor de los que dominan*.

Hemos dicho que Dios, que es Uno en Esencia, es Trino en Personas. Necesario nos es dejar por un momento la tierra y su pequeñez, y remontarnos á Dios y á la eternidad. El misterio de la Trinidad en la Unidad, es como todos los misterios superior á nuestra razon pobre y limitada. No alcanzamos á comprender cómo siendo el Hijo engendrado por el Padre, y procediendo de ambos el Espíritu Santo, sea el Hijo tan eterno y tan igual al Padre y al Espíritu Santo y tengan la misma eternidad é igualdad. Pero comprended, señores, que si el dogma de la Trinidad

(1) Deuter. cap. XXXII, v. 39.

(2) Isai. cap. XLV, v. 5 y 6.

(3) Psalm. CX. v. 2.

(4) Jerem. cap. LI. v. 15.

(5) Sap. cap. XI. v. 21.

en la Unidad, estuviese al alcance de nuestra razon, dejaria en este caso de ser misterio. Dios ha puesto límites á la razon humana, y el hombre jamás podrá traspasar estos límites, bien así como los mares no traspasan los que les han sido señalados. ¡Gran Dios, cuán incomprensibles son vuestros juicios, y que superiores á cuanto podemos penetrar son vuestros caminos! Así exclamaba el Apóstol de las gentes, y así debemos exclamar nosotros al contemplarnos tan pequeños para penetrar y comprender los ocultos misterios de nuestra religion augusta.

El misterio de la Unidad de Dios en la Trinidad de Personas, le vemos brillar y resplandecer en las primeras páginas del Génesis, donde se nos da cuenta de la creacion y de la formacion del que lleva en sí la imágen y semejanza del mismo Dios. Tan solamente se habia servido el Criador de estas palabras para hacer todas las cosas: *Hágase*: así vemos que dice: *Hágase la luz: produzca la tierra: congréguense las aguas.* Mas cuando trata de formar al hombre, la mas excelente de todas las criaturas visibles, exclama de este modo: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.* Como se vé por estas palabras, Dios entra en consejo consigo mismo, y habla al Hijo, á aquel Hijo, que mas tarde humanado dijo: *Todo lo que hace el Padre, el Hijo lo hace tambien con El* (1); y habla al mismo tiempo al Espíritu Santo igual y co-eterno con los dos (2).

Yo podria ahora, mis señores, detenerme en otros muchos pasajes de los libros santos, que nos revelan el gran misterio de que nos venimos ocupando, y muy particularmente en el convite dado por Abraham á

(1) Joan. cap. V. v. 19.

(2) Anot. del P. Scio al v. 26 del cap. 1 del Gén.

los tres ángeles que se le presentaron bajo forma humana, de los cuales adoró solo á uno, porque comprendió que significaban el misterio de la Unidad en la Trinidad. Pero el tiempo nos estrecha y es necesario avanzar.

Hemos, señores, iniciado el dogma católico sobre la existencia de Dios, y volvemos á nuestros pasados argumentos. Sobre este punto tan solamente encontramos en el mundo dos doctrinas fundamentales, cuales son el teísmo y el panteísmo: la primera edifica sobre la idea de Dios, la segunda sobre el hecho de la naturaleza: la primera, parte de lo invisible y de lo infinito, al paso que la segunda toma por punto de partida lo visible y lo finito. Increíble parece, señores, que en el siglo llamado de las luces, en el siglo de los grandes descubrimientos, quiera presentarse en boga el panteísmo, que no es un descubrimiento de la ciencia moderna sino un error deplorable, tan antiguo como el mundo. La cuestion es harto importante. Sois defensores de la razon: quereis hacer á la razon la reina de vuestras ideas y colocarla en un trono ¿no es así? Pues bien: yo apelo en este momento á vuestra razon. No hay medio: ó habeis de ser teístas ó panteístas. ¿No sois teístas? En este caso, necesariamente habreis caido en el panteísmo. ¿Y qué nos dicen los panteístas? Que no hay en el mundo mas que una sola sustancia. El teísta dice: «Creo en Dios» el panteísta, «creo en la naturaleza.» Y bien, señores: ¿la naturaleza puede ser Dios? ¿El mundo se ha formado como quieren antiguos filósofos, por la reunion de los átomos? ¡Ah! ¡Qué absurdo tan grosero! Dejando para mañana el entrar mas en materia sobre asunto de tan vital inte-

rés, yo os haré ahora una protesta hija de mis convicciones. No he tomado por punto de partida en mis demostraciones católicas la existencia de Dios, porque dude un momento de vuestra fé, ni por satisfacer una necesidad del momento. Yo bien sé que el panteísmo no encuentra prosélitos porque es hijo de la soberbia. Vosotros sois hijos de Dios, y no creo necesario hacer esfuerzos para que conozcais á vuestro Padre, á ese Padre bondadoso, cuya providencia nos sostiene y nos guia á través de la oscuridad del mundo: si me he fijado en este punto, es por creerlo necesario por ser la base de las demostraciones subsiguientes.

Ahora tan solamente os recordaré para concluir, que toda criatura racional tiene tres deberes que cumplir para con su Criador. Es el primero, el deber de la adoracion, reconociendo su magestad y su grandeza. Procurad cumplir este imprescindible deber que á todos nos atañe: pero adorarle, no superficialmente sino en espíritu y en verdad, viviendo vigilantes para no separarse de él, por la transgresion de sus mandatos: tiene derecho á imponernos leyes, nos las ha impuesto, y estamos obligados á cumplirlas. Es cosa, señores, muy notable. Todo lo que ha sido criado tiene su fin y objeto. El sol que ilumina el mundo, la tierra con su constante y uniforme movimiento, las estaciones que se suceden, los árboles que nos producen sus sazonados frutos, las flores, que embalsaman el aire en los hermosos días de primavera, los irracionales... ¡ah! todo cumple el objeto para que ha sido criado. Tan solo el hombre dotado de razon, es el único sér en toda la naturaleza, que no obstante conocer á Dios le desobedece, dejando de cumplir sus deberes. No seamos nosotros de ese número: amemos á Dios y

ofrezcámosle continuos homenajes de adoracion y de respeto, cumpliendo exactamente nuestros deberes religiosos: de este modo habremos cumplido tambien el segundo deber que es el de la gratitud por sus beneficios imposibles de numerar. En suma, el tercer deber es el de la oracion. ¡Ah! Que nuestra oracion pura se eleve hasta el trono de la Divinidad como un incienso agradable, como el perfume que en la mañana exhalan las flores. Adoremos siempre á ese Dios amoroso, cuya existencia confesamos, mostrémosle nuestra gratitud por las gracias y favores que cada día recibimos de sus benéficas manos, y dirijámosle fervorosas súplicas en la mas humilde oracion, siempre y en todo tiempo, pero principalísimamente en estos días dedicados al recuerdo del mayor de sus beneficios, que es el habernos dado á su divino Hijo Jesucristo, que dió su vida por el rescate de nuestras almas. De este modo nos haremos acreedores á que siga concediéndonos sus bendiciones, con las cuales seremos felices en el tiempo y mas felices en las mansiones de la eternidad. *Amen.*